

varon á otro cuarto, le aplicaron sangrías, le pusieron sinapismos y finalmente hielo en la cabeza. Pero ella continuaba sin darse cuenta de lo que pasaba entorno suyo, ni de lo que había sucedido... No lloraba, no hacía más que reir, y reía de tal modo y decía y hacía unas cosas tan extravagantes que las buenas gentes que se habían quedado á cuidar de ella no sabían estarse de reir también.



XII

La noche de Polikei Ilitch

No se pasó muy alegre la fiesta en Pokrovskoie. Aunque el día fué hermosísimo, no salió la gente á divertirse; las muchachas no se reunieron para cantar sus canciones; ni los jóvenes, ni los trabajadores que acudían de los pueblos cercanos, se atrevían como otras veces á tocar el acordeón ni la *balalaika*, ni buscaban el modo de trabar agradables juegos ó pasatiempos con las muchachas. Todos se quedaban reclusos en sus propias casas, y si acaso hablaban hacíanlo en voz baja, lo mismo que si un espíritu malhechor, presente en la tierra, les pudiese oír. Durante el día, mientras la luz del sol brilló, menos mal; pero al atardecer, al ser la noche llegada, empezaron los perros á ladrar lúgubrementemente y, como si lo hiciera á postas, se levantó un furioso viento que empezó á silbar con furia chimeneas abajo. Los habitantes todos del pueblo fueron presa de un horror tan grande, que cuantos poseían cirios benditos encendiéronlos delante de las sagradas imágenes... Si alguno se hallaba solo en su casa, se iba á pedir hospitalidad á casa de un vecino, siquiera por aquella noche, con la mira de estar más acompañado; el que tenía necesidad de salir fuera ó de ir al establo, dejaba de hacerlo, pensando que por una noche no se morirían los animales de hambre; y el agua bendita, que cada uno guardaba en su casa, fué empleada en abundancia aquella terrible

noche, durante la cual no fueron pocos los que oyeron cómo alguien andaba pesadamente por el trágico granero, y hasta el forjador dijo haber visto una especie de serpiente voladora atravesar varias veces los aires por aquel siniestro lugar. En el rincón de Polikei no había quedado nadie... Los niños y la pobre loca habían sido llevados á otra parte; en su casa no quedó más que el niño muerto y dos ancianas mujeres que lo velaban, acompañadas de una devota peregrina que se había ofrecido para leer los salmos... no por la muerte del pequeñuelo, sino por la causa de tantas desdichas, cumpliéndose así los deseos de la señora. Esa peregrina y las dos ancianas mujeres oyeron también, al final de una de las veinte partes de los salmos, cómo arriba en el granero temblaban las vigas y cómo cruzaban los aires hondos gemidos... Suerte que leyeron entonces el salmo «Dios resucitará» y todo volvió á quedar en calma. La mujer del carpintero hizo venir á su casa á una parienta y juntas se bebieron las dos, sin duda ninguna, todo el té que había comprado para la semana. También ella oyó varias veces arriba, en el granero, cómo temblaban las vigas y cómo voces quejumbrosas cruzaban los aires... Los campesinos que estaban de guardia junto al granero daban algún ánimo á los pobres habitantes del «pabellón», de lo contrario aquella noche mueren todos de miedo.

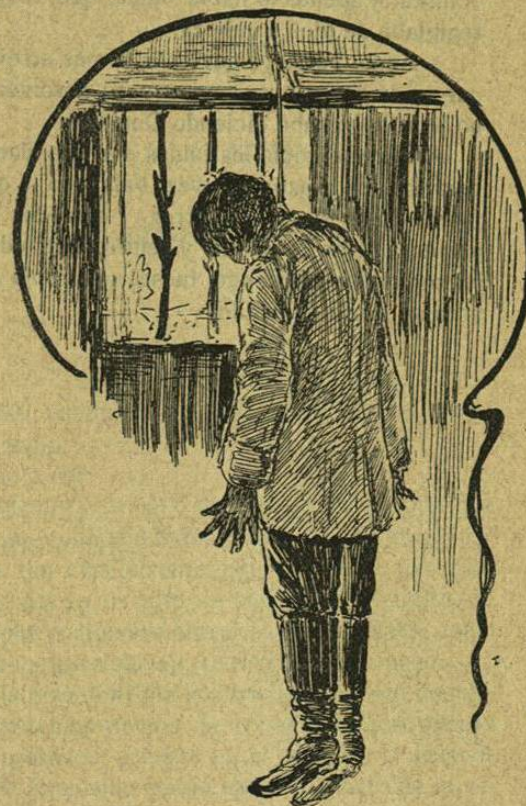
Los dos guardianes se estaban al pie del granero, sentados sobre un montón de heno, y ya por la mañana confesaron que algo prodigioso se había oído por allá arriba; pero en realidad se estuvieron tranquilamente toda la noche hablando de la recluta, de las cosechas, del frío que hacía, y comiendo pan y bebiendo té, llenando aquel sitio con el pestífero hedor de sus personas, de manera que al pasar por delante de ellos la mujer del carpintero, escupió al suelo despreciativamente y les llamó «sucios mujiks». Como quiera que fuese, el ahorcado estaba aun en el granero, y el espíritu del mal pareció que aquella noche cubría con sus alas gigantes el pabellón, poniéndose más cerca que nunca de esas pobres gentes, para darles alguna prueba de su inmenso poder.

Al menos era esto lo que todo el mundo sentía... No sé si era exacto, yo pienso que no. Yo pienso que si algún atrevido hubiese aquella noche tomado una linterna y haciendo la señal de la cruz, y aún sin hacerla, hubiese subido al granero, y con la claridad de la luz que llevase en la mano hubiese ido suavemente apartando los horrores de la noche, iluminando el suelo y las vigas y la techumbre del granero, lleno de telas de araña, y si avanzándose luego hacia Ilitch hasta tocarle, conservando la serenidad del corazón y

la sangre fría, hubiese levantado la luz á la altura de su rostro, viera inerte el cuerpo del pobre hombre, flaco y lívido, apoyando los pies en el suelo, pues la cuerda se había aflojado un poco y el cuerpo se había inclinado, sin señal ninguna de vida, el cuello de la camisa desabrochado, bajo la cual no se veía cruz ni medalla alguna, inclinada la cabeza sobre el pecho, y con su rostro de siempre, expresivo de su bondad, con su sonrisa singular como de hombre dulce, débil y culpable y con sus pobres ojos mirando sin ver... todo en medio del más profundo y más tranquilo silencio. En realidad, la mujer del carpintero, que se metía cabeza y todo dentro de la cama, clamando que había oído moverse los sacos del granero, deshecho el pelo y llenos de horror los ojos, era mucho más terrible y de aspecto mucho más espantoso que el mismo Ilitch...

Arriba, esto es, en casa de la señora, reinaba el mismo terror que en el pabellón de la servidumbre. El cuarto de la señora estaba lleno de olor de agua de colonia y de ungüentos y de perfumes; Duniacha estaba haciendo fundir un pedazo de cera y preparaba un cerato. Para qué había de servir este cerato, yo no lo sé; sé únicamente que siempre que se hallaba indispueta la señora se hacía esta preparación.

Y en realidad, en la ocasión presente, más que indispueta, se hallaba la señora casi enferma de veras. La tía de Duniacha había



ido á pasar con ella la noche para darle algún valor, hallándose todas reunidas en el cuarto de las criadas, junto al de la señora, y hablaban poco y en voz baja.

—Quién irá á buscar el aceite?—preguntó Duniacha.

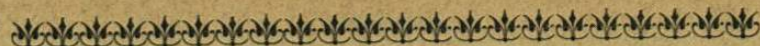
—Yo no iré, no iré por nada del mundo!—exclamó la segunda doncella.

—Qué dices?... Ve con Axutka,—dijo Duniacha.

—Ya iré yo sola, yo no tengo miedo de nada... de nada,—dijo Axutka, y apenas lo había dicho, que tenía ya miedo de todo y temblaba de pies á cabeza.

—Anda, pues, ya que eres la más atrevida; pide á la vieja Ana que te dé un vaso de aceite, pero al volver ten mucho cuidado en no tirarlo,—acabó diciendo Duniacha.

Axutka se cogió las faldas con una mano, y no pudiendo balancear los dos brazos á la vez, balanceó el que le quedaba libre con fuerza doble y echó á correr... cerrados los ojos, pues conocía perfectamente el camino y sentía dentro de sí misma que si topaba con quien quiera que fuese, su propia madre viva aun, en el acto se moría de miedo.



XIII

La desgracia de Polikei y la suerte de Dutlov

DE pronto, oyó Axutka, casi en sus mismos oídos, la voz ronca de un hombre que decía:

—La señora, duerme ó no?

Abrió los ojos la doncella y se halló delante de un hombre que le pareció más grande que todo el pabellón junto. Lanzó un grito y volvió sobre sus pasos, tan rápidamente que las faldas parecían volar materialmente, y casi de un salto se plantó en el cuarto de las criadas como tenía por costumbre entrar en todas partes, como un huracán, y lanzando un grito salvaje se tiró sobre el lecho.

Duniacha, su tía y la otra doncella por poco se mueren de miedo, y no habían siquiera tenido tiempo de reponerse, que oyeron ya unos pasos lentos y pesados, primero en el corredor y después junto á la misma puerta. Duniacha corrió hacia el cuarto de la señora, dejando caer al suelo el cerato que preparaba, mientras la otra doncella procuraba esconderse tras algunas ropas que estaban colgadas en la pared. La tía, queriendo parecer más valiente, fué á cerrar la puerta, pero la puerta se abrió de par en par y entró en la estancia un hombre. Era el propio Dutlov, con sus grandes barcazas en los pies. Sin preocuparse del miedo causado á las doncellas, buscó con los ojos el sagrado icono, y no viéndolo en

parte alguna, se santiguó devotamente inclinado hacia la izquierda, donde había un aparador con gran número de platos y tazas, dejó el gorro en el reborde de la ventana, y hundiendo la mano en la faltriquera de su peludo, muy adentro como si se quisiese rascar el costado, sacó al fin la carta con los cinco sellos de cera marcados con cinco anclas...

La tía de Duniacha podía apenas contenerse la respiración, y con mucho trabajo pudo al fin pronunciar:



—Ah! eres tú?... Me has asustado, Naomitch... Apenas me sostienen las piernas... Creí que había llegado el fin...

—Vaya una manera de entrar, —añadió la segunda doncella saliendo de entre las ropas que le habían servido de refugio.

—Habéis asustado también a la señora, —dijo Duniacha apareciendo en la puerta. —Cómo te permites entrar aquí sin hacerte anunciar? Bestia de mujik!

Dutlov, sin buscar excusa de ninguna clase, dijo que le era preciso absolutamente ver á la señora.

—Está enferma! —exclamó Duniacha.

En aquel punto, Axutka se echó á reír tan estrepitosamente que de nuevo hubo de tenderse en la cama para ahogar su risa, y, á pesar de las amonestaciones de Duniacha y de su tía, no podía retener la estruendosa risa apenas levantaba la cabeza, como si algo fuese á romperse en su pecho cubierto por el rojo corpiño ó bien en sus mejillas más rojas todavía. Parecía cosa tan extravagante que se hubiesen todas asustado de aquel modo, que no paraba de reír, agitado todo el cuerpo por grandes convulsiones.

Dutlov se paró un momento, se la quedó mirando con atención, como si quisiese darse cuenta de lo que le pasaba á la muchacha, pero no logrando comprender nada, se volvió y continuó su discurso.

—He dicho que se trata de un asunto muy importante. Decid solamente á la señora que Dutlov ha encontrado la carta con el dinero...

—Qué dinero?

Duniacha, antes de entrar en el cuarto de la señora, leyó el sobre y preguntó á Dutlov dónde y cómo había hallado ese dinero que el día anterior debió Ilitch haber traído de la ciudad. Bien enterada de todos esos detalles, Duniacha empezó por arrojar fuera del cuarto á Axutka, que no cesaba de reír, y entró finalmente á ver á la señora... Pero con gran extrañeza de Dutlov, la señora no quiso recibirle y no dió explicación ninguna de esto á la doncella.

«Nada sé y nada quiero saber, —había dicho la señora. —Que no me hablen de dinero, ni de nada; no puedo ni quiero ver á nadie... Que me dejen en paz».

—Qué hago yo de esto? —decía Dutlov, volviendo de un lado á otro el precioso sobre. —Y esto dista muchísimo de ser nada!... Qué dice ahí encima? —preguntó á Duniacha, quien de nuevo leyó la dirección con el nombre de la señora y la cantidad que el sobre contenía.

Dutlov no daba crédito á lo que veía, y un momento pasó por su imaginación la idea de que ese dinero no era de la señora, que sin duda habrían leído mal las señas. Pero Duniacha se las volvió á leer otra vez... y entonces suspirando tomó el sobre, con gran tiento lo metió en su faltriquera y se dispuso á salir diciendo:

—No habrá más remedio que hacer entrega de esto á la autoridad...

—Aguarda, lo intentaré otra vez; dame el sobre, —exclamó Duniacha deteniéndole, mientras contemplaba cómo desaparecía el sobre en la faltriquera del campesino.

—Dile que es Dutlov quien ha encontrado el sobre en medio del camino.

—Sí, dame...

—Yo creí que era una carta ordinaria, pero un soldado ha leído el sobre y me ha dicho que había dinero dentro...

—Sí; pero, dame, dame...

—Yo no me hubiera atrevido á venir... á estas horas... —dijo todavía Dutlov sin soltar el sobre. —Repetidlo á la señora cómo os he dicho.

dinero? Interceded por mí, y yo os juro que he de traer os tanta miel cómo queráis...

—Miren el que quiere traernos miel!

Abrióse otra vez la puerta, y el azorado campesino fué introducido en el cuarto de la señora. El pobre no estaba ciertamente alegre, pues pensaba: «Querrá tomarme el dinero!» y al penetrar en el cuarto de la señora, Dios sabe por qué, levantó los pies



mucho, tratando de no hacer ruido con sus *lapti*. En aquellos momentos no comprendía ni veía nada de lo que sucedía entorno suyo. Al pasar por delante de un espejo vió gran cantidad de flores y un campesino que levantaba mucho los pies, y el retrato de un gran señor, y una cajita verde, y una especie de cosa toda blanca... De pronto esa cosa blanca se puso á hablar; era la señora... Dutlov no comprendía nada, nada; no hacía más que abrir grandemente los ojos. No sabía siquiera

donde se hallaba y pareciale que estaba todo cubierto por una espesa neblina.

—Eres tú, Dutlov?

—Yo soy, señora. Está todo intacto, no he tocado nada... En verdad que no me hace mucha gracia este negocio. Lo juro por el nombre de Dios! Iba dándole á mi caballo, cuando, de pronto...

—Bueno, ha sido tu suerte,—dijo la señora con una singular sonrisa en que había á un tiempo desprecio y bondad.—Guárdalo, tuyo es...

Entonces Dutlov abrió todavía más sus azorados ojos.

—Estoy satisfecha de que lo hayas hallado! Dios haga que ese dinero te traiga grandes dichas!... Estás muy contento?

—Cómo no estar contento, señora! Estoy tan contento, que... Siempre rogué á Dios por vuestra salud! Viva muchos años la señora, en la gracia de Dios!

—Y cómo hallaste el dinero?

—No hay que decirlo, empero, pues todos en el pueblo deseamos lo mismo, por nuestro honor, y por nuestro...

—Ya no sabe lo que se dice, señora,—exclamó Duniacha.

—Volvía de acompañar á la ciudad un recluta, mi sobrino, señora... Cuando de pronto veo en medio de la carretera... Sin duda que Polikei, por descuido...

—Bueno, anda, anda, amigo... Yo quedo contenta.

—Y yo más todavía, oh! madrecita!...—iba diciendo el pobre campesino, sin saber del todo lo que se hablaba.

De pronto recordó que ni siquiera le había dado las gracias á la señora y que no había dicho nada de lo que debiera en semejante ocasión, pero ya estaba camino de la puerta, á grandes zancadas, como al entrar, y poco le faltó para no echarse á correr, pareciéndole que podían pedirle todavía el dinero, el que ya tenía por su dinero, mientras la señora y la doncella mirábanle salir sonriéndose compasivamente.



XIV

Dutlov hace una visita á Polikei

UNA vez fuera, Dutlov se apartó un poco del camino y se paró debajo de unos tilos; se quitó el cinturón para coger más fácilmente su bolsa, y apresuradamente metió los billetes dentro. Sus labios tembloteaban, y ora se alargaban, ora se contraían, aunque no articulaba el más pequeño sonido. Después de haber puesto á buen recaudo el dinero y de haberse apretado bien el cinturón, se santiguó, y tomó otra vez el camino, aunque yéndose de un lado á otro lo mismo que un hombre borracho, de tal modo llenaban su cabeza las más extravagantes ideas. De pronto, surgió de enmedio de la oscuridad un hombre, el cual parecía dirigirse hacia él, y dió una voz: era Efim, que, con un gran bastón en la mano, guardaba las cercanías del maldito granero.

—Eh! tío Semión!—exclamó alegremente Efim, acercándose al viejo, pues tenía miedo de estar solo.—Vaya! con que habéis llevado ya los reclutas á la ciudad?

—Sí... Y tú, qué haces aquí?

—Pues, me han dejado aquí, para guardar el cuerpo de Ilitch, el ahorcado.

—Cómo?... Dónde?...

—Allá arriba, en el granero. Dicen que se ha ahorcado,—res-

pondió Efim señalando con el bastón la sombría techumbre de la izba de los criados.

Dutlov llevó la vista á la dirección indicada, y, aunque nada vió en absoluto, frunció las cejas, medio cerró los ojos y meneó tristemente la cabeza.

—Ha llegado el inspector de policía,—dijo Efim.—Me lo ha dicho el cochero. Van á quitarlo ahora, enseguida... Es terrible la noche, tío Semión!

Por nada subiría yo allá arriba, de noche, aunque me lo ordenase Egor Mikhailovitch, aunque me matasen...

—Qué pecado! Qué gran pecado!—iba diciendo Dutlov, evidentemente nada más que por el buen parecer; pues de seguro no pensaba en lo que decía, y no deseaba más que proseguir su camino. Pero en aquel punto la voz de Egor Mikhailovitch le detuvo.

—Eh! guardián, ven!—gritaba; el intendente desde la puerta de su casa.

—Voy enseguida!—contestó Efim.

—Quién es el campesino que está hablando contigo?

—Es Dutlov.

—Ven, pues, tú también, Semión, ven enseguida!

Al acercarse vió Dutlov, á la luz de una linterna que llevaba el cochero, á Egor Mikhailovitch acompañado de un funcionario público, hombre de corta talla, con una escarapela en el sombrero y un bastón en la mano; era sin duda el inspector de policía.

—Vaya! el viejo vendrá también con nosotros,—dijo Egor Mikhailovitch al verle.

El miedo se apoderó del pobre anciano, pero no había ya modo de retroceder.

—Eh! tú, Efimka, tú que eres joven, corre al granero y arregla



la escalera, de modo que su señoría pueda cómodamente subir.

Efimka, que no quería por nada de este mundo acercarse al granero, corrió hacia allá haciendo con sus *lapti* tanto ruido como si hubiese arrastrado con los pies unas grandes vigas.

El policía, con mucha calma, se puso á encender la pipa.

Vivía á dos verstas de la población y acababa su jefe de reñirle por borracho, lo cual le había puesto en situación de demostrar un exceso de celo. Llegado á las diez de la noche, quiso examinar inmediatamente al ahorcado...

El intendente preguntó á Dutlov por qué á tales horas se encontraba allí, y mientras fueron andando, el viejo contó á Egor la historia del dinero hallado y lo que acerca de él había dispuesto la señora. Dutlov añadió que había pensado también pedir al intendente permiso para quedarse con el dinero, y entonces, con gran espanto del pobre viejo, Egor pidió que le entregase el precioso sobre y lo examinó detenidamente; luego lo tomó también el policía en sus manos, y brusca y secamente fué pidiendo detalles de la cosa.

«Perdido está mi dinero!» pensó el viejo; pero el policía se lo devolvió enseguida, diciendo:

—Buena suerte ha sido la tuya, amigo!

—Le viene perfectamente,—dijo Egor Mikhailovitch.—Le ha caído soldado un sobrino, y ahora podrá comprarle un sustituto.

—Ah!...—hizo el policía encarándose con él.

—Verdad que librarás ahora á Iluchka?—añadió el intendente.

—Cómo hacerlo? No sé si habrá bastante dinero?... Además, puede que sea ya demasiado tarde.

—Haz lo que quieras!—dijo el intendente y ambos siguieron en silencio al policía.

En esto llegaron todos cerca del «pabellón». En el vestíbulo estaban los guardas mal olientes con una linterna ya preparada, afectando ambos un aire de extraña confusión que no sabemos á qué atribuir... si no es al mal olor que despedían. Todos guardaron silencio un momento.

—Dónde?...—dijo el policía.

—Aquí,—murmuró el intendente, y añadió:—Efimka, tú pasarás delante con la linterna.

Efimka había ya afianzado bien la escalera y parecía haber perdido toda clase de miedo. De modo que, casi alegre el rostro, empezó por subir dos ó tres escalones de un salto, volviéndose de vez en cuando para hacer luz al policía, á quien seguía el intendente. Cuando hubieron todos subido, Dutlov, que tenía ya un pie en la

escalera, suspiró hondamente y se detuvo. Enseguida comprendió que los de arriba habían llegado ya junto al cadáver, pues detenían todos su andar.

—Tío Semión!... sube!—gritó Efim asomándose por el ventanillo del granero, y entonces Dutlov subió. A la luz de la linterna no se veía de Egor y del policía más que la parte alta de sus cuerpos, y detrás de ellos se distinguía á otra persona.... Era Polikei. El anciano penetró en el granero, y, santiguándose, se detuvo cerca de la misma puerta.

—Volvedle!—dijo el policía.

Nadie se movió de su sitio.

—Efimka, tú, que eres más joven,—dijo el intendente.

Efim se acercó al cadáver, y lo volvió, quedándose á su lado y mirando con aire alegre ora al pobre Ilitch, ora al policía, cómo preguntándole si estaba satisfecho ó deseaba algo más de sus habilidades.

—Vuélvelo otra vez!

Efim obedeció, y Polikei fué vuelto del otro lado; uno de sus brazos se balanceaba ligeramente y los pies se arrastraban por el suelo.

—Descuélgallo!

—Queréis que cortemos la cuerda?—dijo Egor Mikhailovitch.—Vamos, dadme un hacha.

Fué preciso repetir por dos veces esta orden á Dutlov para decidirle á traer lo que se pedía, y entonces el joven Efim dió á la cuerda un tremendo hachazo y tomando en sus brazos el cuerpo de Ilitch lo dejó en el suelo... Lo contemplaron todos un momento á la luz de la linterna, y enseguida lo cubrieron con sus propias ropas...

El policía declaró que al día siguiente vendría el médico, y dió permiso á todo el mundo para dejar solo el cadáver.